



NÚM. 5.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 29 DE ENERO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



ien pensábamos nosotros al creer que el 23 sería solemnizado con una acción de guerra.

El último acontecimiento notable ocurrido al frente de Tetuan, desde nuestra última revista, es en efecto la acción del 23 entre el ejército marroquí y una pequeña parte del nuestro que cubría

los puestos avanzados del campamento. Este se halla establecido desde el edificio de la Aduana hasta la playa en toda la orilla del Guadalfelu ó rio Martín; y los días anteriores al 23 se habían empleado en el desembarque de víveres, municiones, artillería y efectos de guerra, en la fortificación de los castillos de la embocadura del rio y de la Aduana y en la construcción de reductos para proteger el campo.

El 23, habiendo el general en jefe hecho avanzar un batallón y dos escuadrones fuera de las obras exteriores, los marroquíes, creyendo sin duda en un movimiento general hacia la ciudad, bajaron de sus posiciones y trataron de impedirlo envolviendo nuestro campo. El general O'Donnell envió otro batallón y la artillería en socorro de las fuerzas amenazadas, y después de brillantes cargas y de acertados disparos, los marroquíes se declararon en fuga buscando asilo en las breñas de donde habían bajado.

Después de la derrota de Cabo Negro y de no haber querido aceptar la batalla en el llano antes de la llegada del grueso del ejército al Guadalfelu, no se comprende esta resolución de los marroquíes de atacar en sus posiciones á un ejército mayor del que habían tenido al frente en el valle.

Sin embargo, ella prueba que antes de la toma de Tetuan habrá algún otro reñido combate, y que Tetuan no está abandonado de sus defensores como se creía.

El temporal que ha convertido el valle en un pantano no ha permitido todavía disponer convenientemente de la artillería de sitio, que siendo de un peso enorme, necesita un buen camino para marchar con facilidad. Este camino se está construyendo y luego que se halle colocado en posición, asegurada la base de las operaciones desde el rio á la Aduana y aproximado el ejército á la plaza, esta verá llegada la hora de rendirse.

En Cádiz, Chiclana, el Puerto de Santa María y otros puntos del litoral, se reúne otra división dispuesta para marchar al Africa y cuyo general no está nombrado aun, si bien se dice que será mandada por el general Pavía, marqués de Novaliches. El embarque de los cuerpos vascongados se está verificando; su jefe el entendido y activo general Latorre, cuyo retrato damos en este número, va con los primeros, y las compañías catalanas, que probablemente pasarán á engrosar la división Prim, no tardarán en pisar el suelo africano.

Ya son dos las banderas conquistadas á los marroquíes. En la acción del 23 les fue tomada otra que ha venido ya también á Madrid. Su compañera, la tomada por el cabo de húsares Pedro Mur, fue puesta á los pies de la Virgen de Atocha después de haberla tenido la reina en su oratorio, y el 25 pudo verla el público numeroso, autoridades y convidados que asistió á la solemne ceremonia de la presentación de la nueva infanta en el templo.

En efecto, el día señalado, con un cielo despejado pero con el piso húmedo y viento desagradable, salió de palacio la comitiva real con todo el acostumbrado aparato de magníficos coches y hermosos tiros de caballos ricamente enjaezados, y dirigiéndose por la calle Mayor y de Alcalá, llegó á las dos al templo de Atocha, donde esperaban á las personas reales las comisiones designadas para recibir las. Cumplida la ceremonia religiosa, la comitiva volvió en el mismo orden por el Prado y Carrera de San Gerónimo á Palacio, en medio de una numerosa concurrencia; y la bandera ganada por Pedro Mur, quedó para ser colocada entre las demás que recuerdan las glorias españolas.

Y á propósito de las banderas que recuerdan las glorias españolas, deseamos que el gobierno mande redactar, ó como ahora se dice, *levantar* una acta en que consten todos los pormenores del hecho de Pedro Mur y de colocación del estandarte marroquí en Atocha; cuya acta se conserve en los archivos del cuartel de Inválidos: porque la verdad es, aunque nos cueste decirlo, que las diligencias mas minuciosas no han podido averiguar

la procedencia é historia de muchas de las banderas que adornan el templo de Atocha ni las particularidades de su colocación. Nuestros antepasados se cuidaban mas de hacer proezas que de consignarlas en narraciones históricas.

La guerra de Africa no ha desanimado á los aficionados á divertirse. Ya se anuncian para los próximos carnavales varios bailes de máscaras que por las disposiciones que se toman prometen estar muy concurridos. Dicen que el empresario del teatro de Oriente no cede el local para bailes, de manera, que á no querer darlos él mismo, no habrá este año este centro de reunión danzante y bromista. En cambio la Sociedad de Bellas Artes quiere quemar un grano de incienso en las aras de Terpsicore; pero deseando que á lo bello acompañe lo bueno, parece que adoptará las mas esquisitas precauciones para evitar que se mezcle la cizaña con el trigo. Se había dicho también que el Casino, cuyos salones se han aumentado y adornado con un lujo digno de su renombre, pensaba dar algunos bailes *tout com-m'il faut*; pero hasta ahora esto no pasa de un rumor mas ó menos agradable.

La zarzuela nueva *El Diablo las carga* que se representa en Jovellanos está dando buenas entradas á la empresa. El libreto del señor Camprdon es interesante y la música del señor Gaztambide muy agradable y rica de instrumentación. Una infanta, para evitar que se lijen en ella las murmuraciones palaciegas, hace que su galán enamore á una jardinera. El galán enamora de real orden y queda real y efectivamente enamorado: la infanta se desespera, pero al fin se resigna á aceptar un trono que le ofrecen en compensación. Fuera de algunas inverosimilitudes chocantes, los caracteres están bien sostenidos: y el bosquejo del de Felipe IV tiene rasgos magistrales. La ejecución buena.

En el Príncipe se ha representado á beneficio de Catalina una comedia en tres actos y en verso compuesta por los señores Serra y Larra. Sobre la originalidad de esta comedia ha habido sus dudas y sus discusiones mas ó menos acaloradas. Titúlase los *Infieles*, y con el mismo título hay una pieza de Paul de Kock en un acto, la cual por cierto ha sido traducida y va á representarse en el Circo. Como la de los señores Serra y Larra está en verso y tiene tres actos, todo lo mas que puede decirse es que han tomado la idea principal de Paul de Kock. Ellos han denominado *Juguete* á su obra, y un juguete no merecía tantas disputas.

El teatro de Lope de Vega á pesar de las buenas pro-

ducciones que de cuando en cuando pone en escena, está muy poco concurrido. El empresario Romea hizo mal en abandonar el local del Circo; y aunque la Berrobiano es una buena actriz que promete ser excelente, siempre se echa de menos el conjunto que podría una compañía en que además de Romea entrasen la Teodora, la Matilde y Arjona. Si estas notabilidades teatrales son inconciliables, nos espongamos á no tener en mucho tiempo una compañía completa.

Prepáranse en *Novedades* los *Perros del Monte de San Bernardo* y otras cosas de grande espectáculo, en las cuales deseamos á la empresa buena fortuna.

Por esta revista y la parte no firmada,
NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA CARTUJA DE PAVIA.

La órden religiosa de los cartujos instituida por San Bruno hácia el fin del siglo XI (1086), dió origen á ciertos edificios que se han designado bajo el nombre genérico de *cartujas*, cuyas formas como era natural diferían sin embargo muy poco de las demás clases de monumentos religiosos edificadas durante la edad media. Los discípulos de San Bruno poseyeron en Italia muchos edificios importantes, entre los cuales merecen un lugar preferente los de Ferrara, Nápoles, y el que hoy reproduce nuestro grabado, en su parte con razon más celebrada, magnífico edificio que se alza cerca de Pavia.

Inmensa floresta destinada á parque de caza, ocupaba antiguamente el lugar que hoy el cristiano monasterio, y en ella en el siglo XVI tuvo lugar la gran batalla entre las tropas del emperador Carlos V y el ejército de Francisco I, lucha terrible en que peleando todos como buenos, pudo exclamar con digno dolor el rendido monarca francés al entregar su victoriosa espada «todo se ha perdido menos el honor.»

Fundada en tan histórico paraje la cartuja de Pavia, en cumplimiento de un voto, segun la tradicion asegura, por Juan Galeazzo Visconti, puesta su primera piedra en 8 de setiembre de 1396, vino á quedar terminada en 1542, embelleciéndose todos sus apartamientos con riquísimos accesorios, para lo cual los monjes disponían de las grandes rentas que á este fin habia dejado el fundador. Así la arquitectura, la escultura, la pintura, todas las artes plásticas contribuyeron sin interrupcion á crear uno de los mas notables monumentos de la cristiandad, riquezas artísticas que vió impiamente mutiladas el fin del siglo XVIII, habiéndole arrancado una órden del directorio hasta los plomos que cubrían la iglesia; y hoy el abandonado monasterio solo escita la atencion del artista ó del anticuario.

Edificio de transicion, tiene todos los caracteres propios de este periodo en el cual se construían todavía en Italia ciertos monumentos de arquitectura bajo los principios y con las reglas del arte ojival del Norte, al mismo tiempo que los artistas italianos desarrollando las teorías de Alberti y Brunelleschi, realizaban la completa transformacion del arte: la cartuja de Pavia es indudablemente uno de los mas elocuentes monumentos en que se ve retratada aquella lucha del arte del Norte y del Mediodía. En la mayor parte del edificio se encuentra el arte ojivo modificado á cada paso por el nuevo gusto italiano: en la fachada aparece la nueva faz del arte que rompe con todas las tradiciones de la época que termina.

No cumple á nuestro propósito hacer una estensa monografía de este importante monumento: presentando su portada, habremos de ocuparnos mas especialmente de la fachada donde se encuentra, no sin que remitamos á aquellos de nuestros lectores que deseen mas amplias noticias, entre otras á las obras de Richard, *Description historique de l'Italie*; de Perovano, *Description de la Chartreuse de Pavie*; de Malaspina de Sannazaro, *Descrizione della Certosa di Pavia* y de Gaillhabaud, *Monumentos antiguos y modernos*.

La fachada de tan notable monasterio, aunque del renacimiento, bien demuestra que este se encontraba en su primer periodo, presentando aquel sello de originalidad que forma el principal carácter de su naciente existencia.

En ella se ven todos los gérmenes y todos los elementos de las nuevas ideas en el arte de la edificación; pero no se presenta como aquellas frias y pálidas copias de los monumentos antiguos que al terminar el renacimiento se miran como el *non plus ultra* de la belleza. En esta fachada se encuentra todo cuanto el arte nuevo tuvo de originalidad en el empleo y en la combinacion de los antiguos elementos, y si los adornos y las prolifas esculturas, parece que le hacen perder en magestad y gallardía, están combinados con tanto gusto, ejecutados con tal delicadeza, que despues de admirarlos es imposible criticar su exuberancia, prefiriendo su artística profusion, á esa desnudez sombría que presenta el renacimiento al terminar su marcha, mas que progresiva, retrógrada.

Viniendo á ocuparnos de la disposicion en que se encuentra esta parte del edificio, diremos que forma un rectángulo con apéndices, que se puede para el estudio y para la descripcion dividir horizontal ó verticalmente en muchas secciones. Tomado en el sentido horizontal se compone de un basamento general, sobre el que se alza una zona superior en la que se abre la puerta; de

una galería intermediaria, de un segundo cuerpo con su coronamiento designando la principal y las capillas laterales, y en fin, de una galería superior dispuesta en forma de ático sobre la cual debia colocarse el remate general: contrafuertes, aunque poco indicados, adelantan verticalmente, marcando la distribucion interior del edificio.

Habiendo concurrido con sus talentos los mejores artistas de Italia á embellecer esta fachada, el mérito de las obras de escultura que en ella se encuentran; hacen olvidar los preciosos mármoles en que á veces se ven talladas. Imposible seria determinar ni aun disponiendo de todo el espacio de este periódico, las bellezas de primer órden que en dichas esculturas se encuentran. Pero si notaremos con este motivo una particularidad que en la Cartuja de Pavia, como en San Marcos de Leon y en todos los edificios de esta época se observa. Hablamos del extraño contraste que en ellas forman las figuras sagradas y profanas, mezcladas en rica ornamentación.—A pesar de sus modificaciones, el sistema general de decoracion empleado en la fachada que nos ocupa, tiende todavía al que se usaba en los monumentos religiosos del último período ojival y las grandes divisiones de la iconografía cristiana se encuentran en ella.

Las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento, de Jesucristo, de la Virgen, de los Apóstoles, de los Santos, de los Reyes y de los Profetas, allí se hallan; pero no á la verdad presentadas como en los edificios de la época anterior. Las ideas habian cambiado y con ellas el estilo. El gusto del arte antiguo lo invadía todo, y de aquí que los personajes del cristianismo que la tradicion artística conservaba, alternen con los dioses del paganismo, confundiendo sin darse cuenta de ello el cristianismo con el politeísmo. Es la traduccion plástica de aquel período, en el cual, los artistas no podían renunciar á imitar los trozos antiguos, que llamaban preferentemente su atencion, ni á romper con las tradiciones del estilo que habia muerto. Así los asuntos cristianos aunque repetidos, pierden bajo el cincel de los artistas del renacimiento el carácter, rudo si se quiere, pero poético, contemplativo, religioso, que nunca alcanzan á darle los imitadores del mas perfecto pero profano arte de la antigua Grecia y su discípula Roma. ***

¡POR LASTIMA!...

HISTORIA MADRILEÑA.

I.

Entre los tipos españoles conservados milagrosamente al través de la oleada de reformas que cada día nos llega de Francia; entre los restos escasos de nuestras costumbres nacionales borradas diariamente con los hábitos y las instituciones de los que nos han heredado en la peligrosa tarea de llamar la atencion; entre aquellos representantes del españolismo puro mas raros cada vez, ahora, que hasta nuestros clásicos zagales se visten á la francesa; entre esos industriales ó artistas únicamente posibles en España, y de los que ya solo queremos los que huelen á cuerno, que son en mi concepto los que antes debiéramos abolir; entre los inspiradores del pincel de Goya ó del lápiz de Alenza ó del de Vaude, hay una clase especial, colocada mas abajo que el pueblo, cuyos hábitos se trasmiten fielmente hace ya siglos; clase cuya historia nos proponemos bosquejar andando ese tiempo de nuestro país, mas largo que el de ninguna otra parte; clase que llamamos así, mas que por su número escaso, por su diversidad de todas las otras y por el lazo unido, hereditario é indisoluble que la sostiene; clase solo conocida dentro de las tapias de nuestra capital; en una palabra, la clase que componen *los ciegos de Madrid*.

Con necesidades, con afectos, con instintos especiales el que nace para vivir en ese sepulcro anticipado que se llama ceguera es un ser aparte de la humanidad, aislado entre sus semejantes; tocándose á cada momento, adivinando alguna vez las afecciones y los pensamientos de los demás hombres; viviendo sin embargo en un mundo distinto, cuyo fondo está casi siempre lleno de tristeza resignada, sino de la cruel desesperacion que algunos suponen.

Y entre esos mismos seres infelices tan desgraciadamente igualados por la naturaleza, hay otra separacion establecida por la sociedad; la que divide al ciego rico del ciego pobre; la que aísla al ciego que vive en cómodas habitaciones y cuidado con esmero, siquiera sea por manos mercenarias, del ciego que pide apoyado en un guarda-canton, implorando el nombre de Santa Lucía, ó vende por las calles el anuncio de un cambio ministerial, siempre pregonado con voz aguardentosa y con el grito consabido: *á dos cuartos el papel que acaba de salir ahora*.

El primero de estos ciegos es aqui como en Flandes; es el hombre privado de la vista, el ciego rico de cualquiera parte. El segundo al contrario, es ese tipo característico, cruel ensartador muchas veces de disparates medidos y acompañados de la cadencia mas monótona y menos armoniosa que se puede sacar de la guitarra; alto conocedor de la vida de San Cosme y San Damian, que falsifica constantemente en seguidillas tradicionales como el acento, el traje, el nombre y la vida del que las canta; tipo tímido y filosófico muchas veces;

músico de corazón algunas; tierno y virtuoso padre muy amenudo; amante apasionado de vez en cuando.

A esta especie rarísima, trashumante sin cambiar de pueblo, que sabe las esquinas, las iglesias y los paseos concurridos en cada época; á esta clase, que mas adelante me propongo historiar levantando hasta donde pueda la cortina de sus sorprendentes misterios, á esta clase pertenecía cierto tío Tomás, situado desde que sonaban en Madrid las oraciones de la noche en un ángulo de la calle de Santa Isabel, justamente bajo las ventanas floridas de la malograda y candorosa Luisa, á cuya casa asistía yo diariamente.

II.

Una noche de enero, lluviosa y triste como pocas, salía yo solo á la una de la tertulia, empapado aun en las melodías de Bethowen que la niña de la casa tocara para complacerme, largo rato despues de que marcharon los últimos tresillistas. La lluvia que habia caído por intervalos desde el anoecer, se descolgaba entonces menuda y penetrante, acompañada de un viento que levantó mi capa tan luego como pisé la calle, llegando á mis oídos entre el ruido de algunos cristales rotos por su violencia. Apenas habia dado cuatro pasos, cuando oí gritar con acento lastimero:

—¡Manuel, Manuel! ¿Dónde estás, hijo mio? ¿Dónde estás, Manolito? ¿Válgame Dios!... ¡Jesus mil veces!... ¡Manuel, Manuel!

—Aquí estoy, padre, respondió luego una voz infantil, pero se han apagado los faroles y no sé por dónde...

—No pude oír mas: una ráfaga violenta cortó la palabra del niño, y la lluvia aumentó mas aun la violencia con que se estrellaba en el empedrado de la estraviada calle. Llegué al sitio donde el ciego se colocaba ordinariamente, adivinando ya que él era quien llamaba al niño estraviado. Hallé al infeliz sentado en el umbral de una casa cerrada, calado hasta los huesos por el agua helada de aquella noche, y guardando entre las piernas, medio cubierta con su agujereada capa la mugrienta vilueta que le servía para zanar el pan.

—¿Qué suce le, buen Tomás? pregunté recordando casualmente el nombre del ciego que noches antes me habia comunicado Luisa entre mil caritativas observaciones.

—Nada, señorito, que mi hijo se marchó siguiendo á un caballero, sin duda mientras el hombre registraba sus bolsillos para hacernos alguna caridad, y creo que ahora apagó el viento los faroles, y no llega mi pobre Manuel para guiarme á casa, y estará ya el chico mojado como una sopa... ¡Buena desgracia es ser ciego, señorito! ¡buena desgracia!

—Espere usted un momento, contesté enternecido por tan sinceras palabras; y bajando á tientas por una de las vías que unen á Lavapiés con la calle de Santa Isabel, y que el aire tempestuoso habia dejado en completa oscuridad, topé á los quince ó veinte pasos con un niño pegado á la pared, empapado también por la lluvia, temblando además y gimiendo de frio.

Condújele al lado de su padre, y luego acompañé á los dos hasta una buñuelería inmediata donde entré con ellos resuelto á esperar que mejorará la noche.

Acercáronse ambos al fuego; pedí para ellos buñuelos y vino; y cuando vi desaparecer con el calor la última lágrima detenida por el frio en las arrugadas mejillas del tío Tomás, le pregunté volviéndome hácia su hijo:

—¿Vive aun la madre de este niño, Tomás?

—Sí, señorito, me contestó.

—¿Y cómo no viene ella á recoger á ustedes todas las noches?

—Ay señorito, eso es una novela.

—¿Cómo una novela?

—Así me ha dicho otro caballero que se llaman las historias parecidas á la mia.

—¿Pues qué le hizo á usted esa mujer?

—Me volvió á dejar ciego, señorito.

—¿Le volvió á usted á dejar ciego? exclamé asustado con aquella frase.

—Es decir, que ella tuvo la culpa; pero no lo hizo á propósito.

—Cuentémelo usted todo si gusta, dije yo picado por la curiosidad. Y mientras la lluvia seguía inundando las calles, el tío Tomás me refirió lo que sigue.

III.

—Yo nací con vista, señorito, y todos me han dicho que ví muy bien durante los quince meses en que mi madre me amamantó. Pero al fin de esos quince meses murió mi padre: mi madre cogió con el disgusto una enfermedad, y yo la heredé en el mismo día; solo que mi madre padeció del corazón y yo padecí de los ojos, que aunque útiles en aquel entonces eran ya lo mas malo que yo tenía. La miseria en que quedamos aumentó poco á poco mi enfermedad, que cada vez iba estando mas descuidada; por fin... ocho meses despues murió también mi madre, sin dejarme mas memoria que la de su cara, la sola cosa que me quedó presente de la niñez, porque mi madre era muy guapa y muy buena mujer, señorito, muy buena mujer: vivas están aun algunas que la conocían. Un tío carpintero que yo tenía me recogió en su casa y quiso que me curaran; pero el cirujano les dijo que ya era tarde, y despues de llevarme cuatro ó cinco días á la consulta del hospital, lo tuvieron que dejar, y me resigné á verme ciego.

tios
bre
die
alg
Per
tio
sin
que
des
nin
Siet
guá
mit
prij
mal
cua
ven
otro
cog
moz
serv
vece
carit
tre
se c
tan
mas
sar.
por
la v
bast
biam
por
con
mos
y m
P
jarse
hast
á sa
prim
cont
tos;
repa
muj
que
la p
me c
me c
chas
ciosc
Ac
hum
tinu
—
cuam
en la
cho
bre
famil
llama
tan h
médi
y ase
tar 4
dia d
nes.
suma
les; s
dice,
Al
logré
prosi
Hic
despu
to cor
el pri
en los
Moro
cuand
llas r
Det
instan
de un
nas de
en su
los en
—U
ca el
estaba
nas co
quince
segun
pudier
gaba á
mido
hasta
bia de
do lleg
azogad

—Sin hacer mas, interrumpi.

—Ya llevaba gastados ochos duros en recetas y mistos aunque teni n mejor oficio que mi padre, eran pobres tambien, señorito. Quince años estuve asi aprendiendo á tocar la guitarra, en lo cual dicen que entiendo algo, y comenzando á pedir á las puertas de las iglesias. Pero cuando yo tenia diez y siete años vino á casa de mi tio otra niña de catorce que tambien se habia quedado sin padre, y que era, aunque lejana, parienta de todos los que viviamos allí. Aquella niña fue querida por nosotros desde el momento en que llegó; pero ninguno la quiso, ninguno estimó tanto sus bondades como el pobre ciego. Siempre que yo sacaba mas limosna que tres reales, la guardaba debajo de un ladrillo para dárselo junto el domingo, con lo cual ella compraba pañuelos para los otros primos, á fin de que mi tia la quisiera mas, y me llamaba siempre su *Tomasillo*, y me guiaba por la calle cuando yo queria mudar de iglesia ó de esquina, y me venia á buscar en cuanto llegaba la noche. Al cabo de otros tres años, mi primilla, que asi deciamos aunque no cogia un galgo nuestro parentesco, estaba hecha una moza arrogante y todos se lo manifestaban cuando me servia de lazarillo, por lo cual me hizo llorar algunas veces. Tanto habia yo contentado á aquella mujer, tanto cariño la habia tenido que al mandarla mi tio escoger entre los que la cortejaban, porque ya era tiempo de que se casase, respondió ella llorando que nadie la parecia tan bueno como yo, que nadie la queria tanto como *Tomasillo*, y que si la dejaban, con el ciego se habia de casar. Mira lo que haces la contestó mi tio, y no te cases por lástima para que despues te guste otro mas y paseis la vida perdidos. Calló mi primilla; pero ya habia dicho bastante; yo lloraba tambien de la alegría que me habian dado sus razones, porque era mucho lo que hacia por mí aquella mujer tan guapa que tenia otros novios con vista y con oficio. En fin, señorito, que nos casamos: tuvimos este niño que está presente y pasamos año y medio como en la gloria.

Pero al cabo de año y medio mi mujer empezó á quejarse de un dolor que no la dejaba hacer las calcetas que hasta entonces habia vendido á los caballeros y principié á salir de casa para tomar el sol, segun me dijeron los primos. Una tarde volví yo con el palo á las cuatro y encontré en el portal á mi mujer que salia; subimos juntos; mas al apoyarme en su hombro para no tropezar, reparé que llevaba en el cuello un pañuelo de seda; mi mujer no me habia dicho que lo tenia, ni yo imaginaba que hubiera ganado tanto dinero haciendo calcetas; no la pregunté nada hasta mucho tiempo despues y aunque me contestó que lo conservaba desde soltera, la sospecha me quedó en el corazon, y aquel pañuelo me costó muchas lágrimas, porque nosotros tenemos que ser maliciosos por fuerza.

Aquí se detuvo el pobre Tomás, y enjugando sus ojos humedecidos por a uel primer recuerdo doloroso, continuó en estos términos su historia.

—Habíamos vuelto ya á vivir como buenos consortes, cuando vino de América un hijo de mi tio que se casó en las montañas de Santander y mandó á su padre mucho dinero, mas de 2,000 duros á lo que parece. El pobre carpintero, anciano como estaba, remedió á toda la familia; casó tambien á dos hijas suyas y se empeñó en llamar á otro médico para que dijese cómo teniendo yo tan buenos ojos me habia quedado sin vista ninguna. El médico que vino entonces me examinó muy despacio y aseguró delante de todos que resolvíendonos á gastar 4,000 reales era posible curarme; que mi ceguera podia deshacerse y no sé cuantas otras cosas de operaciones. Poco faltó para que me volviera loco de alegría. En suma se escribió á Santander, vinieron otros 4,000 reales; se llamó al médico y á un operista, que asi creo se dice, y nos pusimos á la obra...

Al llegar á estas palabras volvió á suspirar el ciego: logré que bebiera una copa de vino y mas tranquilizado prosiguió:

Hicieronme la operacion y no sufrí demasiado; luego, despues de seis dias de cama me dejaron salir á mi puesto con un vendaje que tenia que conservar hasta pasados el primer mes sin que me diera un solo momento la luz en los ojos. Iba yo entonces á las cuestras del Campo del Moro. Una mañana señorito, era en el mes de mayo, cuando se disfruta mejor el olor de las flores desde aquellas ramblas en que yo estaba... una mañana...

Detúvose de nuevo el tio Tomás; escuchó algunos instantes la respiracion de su hijo que seco ya al calor de un abundante fuego se habia dormido entre las piernas de su padre, y dando otro suspiro, mientas prosiguió en su faena el mozo que con un gancho volvia los buñuelos en el aceite, dijo asi:

—Una mañana, segun iba contando, sentí como nunca el olor de las flores que nacen en los reales jardines; estaba conmigo este hijo que ahora duerme y que apenas contaba cinco años. Picábame en el pecho hacia ya quince dias la ansiedad de que pasaran otros quince que segun la consulta del médico faltaban aun para que yo pudiera ver, y ansioso por descubrir algo de lo que llegaba á mis oidos y á mi olfato, me levanté dejando dormido como en este momento á mi hijo; fui con el palo hasta la barbacana de en frente, que segun yo sabia debia dejar ver todos los jardines y todo el campo y cuando llegué me detuve un instante temblando como un azogado. Tenia muchísimo deseo de ver algo, pero tenia

miedo tambien de que la prisa destruyera la curacion; por último... solté el vendaje y ví. Ví, señorito, ví. Solo siendo ciego podria usted entender lo que ahora quiero decirle. Ví el sol, la luz, el agua de la fuente, los árboles, las flores, ví los hombres, las mujeres, los animales que cruzaban por debajo de aquel gran balcon. Lo ví todo señorito, y todo lo conocí sin preguntar nada; ví el cielo, supe lo que eran los colores y sentí una loca alegría que corria por todas las venas de mi cuerpo y creí, sin saber porqué creía; y volví al cielo mis ojos y dí gracias á Dios; pero en aquel instante como si Dios hubiera querido castigarme por tanta prisa, noté un ligero vahido y tuve que apoyarme para no caer, encerrando para siempre dentro del pecho, todo lo que habia descubierto en aquel instante; la hermosura que habia visto en el aire y en la tierra; el mundo magnífico que acababa de mirar. Asi estaba reanudando mi vendaje cuando oí á mis piés una voz que conocia mucho; la voz de mi mujer, cuya belleza jamás habia disfrutado. No pude contenerme; no pude resistir el afan de ver aquella mujer mia, aquella mujer á quien sin verla habia querido tanto y á la que entonces pensaba ya en pagar todo lo que habia hecho por mí; volví á llevar la mano á la venda, temblando mas que la primera vez... y volví á descubrir mis ojos; al pronto me hizo daño la luz, pero poco á poco fijé la vista en los asientos que hay debajo de aquella baranda y ví... Ví á mi mujer, señorito, con la cabeza levantada al cielo, con una cara aun mucho mas guapa que lo que yo pensaba; y en el mismo instante, confirmó el tio Tomás con voz entrecortada, ví á un hombre haciendo por arrojar una piedra en el cestillo en que mi mujer traia la comida; y luego cuando iba á llamar á Consuelo para que se volviera loca como yo de alegría, reparé, ¡vaya todo por Dios, señorito! reparé... que aquel hombre pasaba el brazo alrededor de la cintura de mi esposa. Dí un grito y quise tirarme del otro lado de la baranda, pero un centinela me cogió por la chaqueta y caí dando con la frente contra la barbacana, cubiertos los ojos de polvo y de la sangre que salia á borbotones por mi herida.

IV.

—¿Y luego, pregunté ansioso, y luego?

—Luego desperté en casa con el vendaje puesto. El médico dijo que se habia desgraciado la cura, y quedé ciego, señorito; ciego otra vez, para toda la vida.

Entonces comprendí lo distintos que son la caridad y el cariño, lo mucho que pecan, señorito, los que guardos por un buen sentimiento, se obligan á lo que no saben si cumplirán.

No quise volver á ver á mi mujer que marchó á otro pueblo con aquel hombre para hallarse mas tarde abandonada, con otro hijo que apenas puede sostener. Todos mis parientes murieron poco á poco; hoy solo me queda un primo que me deja un rincon donde dormir.

V.

Calló el tio Tomás enjugando su última lágrima. El buñuelero volvió á meter en la masa sus brazos desnudos y el mozo distraido continuó meneando su gancho en el aceite para pescar sus ruidosos buñuelos.

Pagué la cuenta que ascendia á dos reales y medio y caminé pensativo á mi casa, resuelto á no deslumbrarme jamás con mi primer movimiento.

La noche se habia serenado; algunas nubes pardas corrian aun por delante de la luna á ocultarse en el horizonte, y el viento resonaba á lo lejos como un concierto de brujas y espectros.

Dos dias despues conté á Luisa la historia del tio Tomás, y ella mas exacta que la infiel esposa, no faltó hasta su muerte al propósito que hizo cuando conoció su vida de mandarle cada dia algun alimento.

Su familia ha continuado la caridad de la malograda virgen, y hoy todavia llega una cena humilde á consolar al tio Tomás, cuando entre nueve y diez de la noche dice á los transeuntes de la calle de Santa Isabel, suspendiendo los preludios de su guitarra.

—¡Una limosna, nobles caballeros, por Santa Lucía bendita!

PIO GULLON.

EN LA GUERRA DE AFRICA.

ODA.

En tanto que dormia
El ibero leon, del africano,
Con alevé osadia,
Rasgó la torpe mano
El ínclito blason del Castellano.
En su lanza apoyada
España irguióse; y su mirada fiera
En Africa clavada,
Con voz que hirió la esfera
El silencio rompió de esta manera:
«Africa, solamente
Del naufrago terror, que ha mas temblado
En tu arena inclemente
Ser por la mar lanzado
que en sus hondos abismos sepultado;
De tu raza maldita,
Porque lo quiere Dios, ya la sentencia

Leo en tu frente escrita:
No habrá ya mas clemencia
Tu rito inmundo, tu fatal demencia.

Ya su terrible lanza
Blande Belona, y con furor horrendo
Incita mi venganza,
La tierra estremeciendo
De sus ferrados carros al estruendo.

De Marte á los bramidos
De mis corceles las hijadas laten
Con violencia; encendidos,
Con la brida combaten
Y el duro suelo con sus cascos baten.

Tus ginetes veloces
Con honda afrenta quedarán domados,
Que al atacar feroces
A mis fuertes soldados
Se estrellarán en muros acerados.

Del Segura y del Turia,
Del Bétis y el Genil, ya los aceros
Con generosa furia
Empuñan los guerreros,
Siempre en tu daño prontos y ligeros:

Las cántabras legiones,
Que dieron susto á la region latina,
Despliegan sus pendones;
Y el mar, por tu ruina,
Las conduce en su espalda cristalina:

Los que subió á inmortales
En Oriente el valor, con crudo intento
Aguzan sus puñales;
El catalan sangriento,
El duro aragonés, de guerra hambriento...

Cuantos el Tajo baña,
Cuantos al Ebro roban la corriente;
Cuantos encierra España,
Tu region inclemente
Inundar quieren, como lava ardiente.

.....
.....
.....
.....

No! al infeliz Rodrigo
No quebró el cetro tu poder tirano;
Del cielo fue castigo,
Que del valor hispano
Solo puede triunfar de Dios la mano.

Señor, lava el afrenta
De tu querido pueblo que te implora;
No con burla cruenta
Diga la gente mora:
¿A dónde el Dios está que España adora?

Arranca de tu seno
De al español vencer toda esperanza:
¿No ves cuán de ira lleno,
Puesta su confianza
En su Apóstol patron, á tí se lanza?

Huye! pronto te aleja!
A tu seno su espada dirigiendo
Al blanco bruto aqueja;
Para que al golpe horrendo
La espalda hiera, por el pecho hiriendo.

Rayo su espada ardiente,
De sus miradas rayos mil arroja;
Cual tempestad rugiente,
Mata, ahuyenta, despoja,
Al viento desplegando la Cruz roja.

Signo de afrenta un día,
Y de esperanza ya, del Castellano,
A quien sirves de guia,
Pronto la fuerte mano
En el muro te clave tingitano.

Vosotros, que librando
Del ciego olvido los heróicos hechos,
Haceis que, aun anhelando,
Los generosos pechos
A la cumbre inmortal suban derechos,

En canto numeroso
Sublimad de mis héroes la memoria:
¡Gloria al que venturoso
Arranque la victoria!
¡Paz al que tenga de morir la gloria!»

Esto dijo la España;
Y al punto suspendí mi humilde canto:
Tú, Cantor de la hazaña
gloriosa de Lepanto,
Ahora debes cantar, tú puedes tanto.

Murcia, 18 de enero de 1860.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA EN LA

CIVILIZACION.

I.

Tan importante y tan necesario es el estudio del arte monumental, que sin la refulgente luz de su historia no puede penetrarse en el oscuro y tradicional campo de las edades primitivas para descubrir las huellas del linaje humano.

No hay mas que fijar la vista en esos sorprendentes monumentos que han desafiado el peso de los siglos é inmortalizado á las naciones que los han elevado, para decir con un gran poeta, que la arquitectura ha sido durante muchos siglos el *gran libro de la humanidad*. Es el fiel trasunto de las memorables épocas de apogeo y decadencia de las naciones; el impercedero repertorio de la historia universal; el lenguaje mudo, petrificado, naimado, de los primeros siglos y de los primitivos pueblos, pero que recibió espresion, que se hizo vívido despues, disciplinado por el arte, por el genio, por la creacion.—¿Conoceis las grandiosas obras de la Persia, las inmortales del Egipto, las sublimes de la Grecia, las soberbias y opulentas de Roma?—Pues bastan por sí solas para definir el relativo progreso de su propia civilizacion y la influencia que ejercieron en la civilizacion sucesiva.

No es, empero, necesario llegar á esta época para demostrar la *influencia de la arquitectura en la civilizacion*.

Si recorreis con el erudito Hope los desiertos lugares, cuna infantil de los primitivos pueblos y seguís con él las huellas de los primitivos pobladores, sorprendereis al salvaje de la Nueva-Zelanda escavando en la arena su hoyo para librar su cuerpo de la inclemencia: el progreso se destaca latente en los bosques vírgenes del Nuevo-Mundo: allí, el errante caribe abandona ya la movediza arena, corta el tronco de los árboles ahuecados, carcomidos por el tiempo, y si no mas estensa, procurase á lo menos habitacion mas cómoda y saludable por el aire que recibe y las profundas raíces que le sirven de cimiento: en la elevada meseta del Asia central, el tártaro que apacienta sus rebaños acomoda su habitacion á las necesidades propias de su vida; en vez de fija y sólida, constrúyela ligera y portatil, ora estendiendo sobre estacas las pieles de los



EL GENERAL LATORRE, JEFE DE LOS TERCIOS VASCONGADOS. (DE FOTOGRAFÍA.)

animales que come, ora cubriendo con ellas el vehículo que transporta su familia.

Mas tarde, esta poblacion nómada emprende su marcha hácia Oriente; halla fértiles paisés bañados por copiosos rios, y muévele este aliciente á cambiar en agrícola su vida pastoril: con la nueva vida cambiaron también las necesidades y á las ligeras tiendas de pieles sucedieron las casas sólidas de madera, piedras y otros materiales.

En las dilatadas riberas del Indo y del Ganges sucedió lo mismo con las asiáticas tribus descolgadas de las frias y empinadas cumbres del Tibet, como en el Egipto con las que abandonaron las húmedas montañas de la Etiopia. Dejábanse, sin embargo, sentir demasiado en unas y otras los ardientes rayos del sol; era preciso buscar contra ellos un seguro abrigo; acuden á la naturaleza; taladran las estériles rocas que circundaban sus estensas llanuras, y construyen anchas, sólidas y eternas habitaciones; eternas, si, porque no solo les servian durante la vida, sino que les encerraban también despues de la muerte.

De aquí, las prodigiosas escavaciones de Bahar; de aquí, las ciudades subterráneas por do quiera diseminadas, ya á orillas del delicioso Indo y del Ganges, ya en las invadidas márgenes del temible Nilo.

¿Y qué nos dice esto?

Que siendo la arquitectura tan antigua como el hombre, segun *La Mennais*, abrió indudablemente el primitivo cauce, que fueron ensanchando poco á poco las íntimas relaciones de los pueblos; que á ella se debe el rápido vuelo que en un principio adquirió la industria humana; que al describir Hope las primitivas construcciones, la arquitectura primitiva, ha citado las tres ramas de la especie humana á las cuales reunió en su seno para despertarlas á la primera idea de nacionalidad, para hacerlas sentir la primera necesidad de la asociacion y de la familia, cuna



UNA CANTINA EN UN CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO EN ÁFRICA. (DE UN CROQUIS.)

y origen de la agricultura, de la propiedad despues, del comercio, y en fin, de las leyes.

Y si de esta primitiva huella arquitectónica pasamos revista en globo á las épocas mas notables del progresivo desarrollo del arte, verémosle siempre impreso, reflejado, simbolizado en la arquitectura. Paganismo, religion, poesía; barbarie, civilizacion, todo ha sido en ella perpetuado; hasta la libertad y la esclavitud han sido fielmente trasmitidas á la posteridad en las páginas graníticas del gran libro universal.

Si recorreis el Oriente de los primitivos tiempos; aquellas fecundas regiones que sonrien bajo un cielo puro y esplendoroso, bañadas por históricos rios y poetizadas por bonancibles mares; aquellos pintorescos y fecundos valles del Egipto; aquellos vastísimos é interminables dominios del Asia, hallareis siempre el progreso de las artes y las ciencias escrito en el progreso mismo de la arquitectura. Ella os dirá con un distinguido anticuario, que allí fue donde primero se escribieron los anales y las leyes; allí, donde tuvieron su cuna doctrinas que rigieron despues en todos los puntos del globo; allí, donde debe dirigir sus primeras miradas el que intente descubrir las primeras huellas del progresivo desarrollo de la inteligencia humana; y todo esto, porque allí fue tambien donde se desarrolló primero el arte arquitectónico, de donde parte la historia del arte monumental.

Si descendéis á otro período mas remoto de la historia universal, al importantísimo período de la decadencia del imperio romano; cuando se abrió aquel vasto tesoro literario de griegos, romanos y árabes; cuando la brillante antorcha del saber se hallaba escondida en el antiquísimo imperio de Constantino, y deramó sus últimos destellos sobre los países occidentales, y se reanudó la cadena de los conocimientos humanos, y las ciencias y las artes rompieron la clausura, hallareis tambien la arquitectura simbolizando, reflejando la civilizacion griega y latina, tantos lustros eclipsada por la asoladora irrupcion de los bárbaros del Norte.

Desde entonces, desde esta época memorable, ella encendió sin duda ese fuego creador, que mas tarde habia de iluminar al universo: ella inspiró á los cruzados las costumbres, que á su regreso nos regalaron: en sus grandiosos templos, en sus gigantescos monumentos estaba impresa la abolicion de la esclavitud, la muerte del feudalismo, los derechos y la dignidad del hombre, porque en ellos estaba impreso el genio, que se opone siempre, que siempre se rebela contra todo lo que tiende á contrariar los altos fines de la Providencia: de ellos se arrancó la poética lira, que al caprichoso beso de las vagarosas auras despedía gentílicas vibraciones para prestar mas tarde sus afinadas cuerdas al arpa bíblica: de ellos surgió la inspiracion, que habia de imprimir las liadas de granito, que habia de transformarlas en cate-

drales, que habia de enriquecerlas con los armoniosos detalles de la estatuaria, santificada por las candenciosas plegarias del religioso vaté, espiritualizado por el cristianismo, por ese raudal copioso de divina luz, por ese fluido magnético llamado inspiracion que aproxima la criatura al Criador.

Analicemos ahora gradual y paulatinamente el ligerísimo bosquejo que forman estos grupos; sigamos paso á paso el augusto carro de la civilizacion en sus alternativas y progresos, al través de las edades y los siglos; sigámosle mientras mas ó menos rápido atraviesa el limitado campo de los inventos, hasta plantar victorioso el *non plus ultra* en las cúspides del progreso intelectual; hasta

sentando por ejemplo la solidez por la magnitud; nociones que despues se fueron cultivando y perfeccionando, á medida que la razon perfeccionaba y cultivaba la inteligencia, como veremos mas adelante.

M. NIEVES DE LA VEGA.

TRADICIONES DE GALICIA.

Galicia es el país de las tradiciones, de los recuerdos, de los monumentos históricos.

Ninguno mas á propósito que aquel ameno país para el viajero ávido de oír las extraordinarias historias que la tradicion viene relatando á las generaciones.

La verdadera historia de Galicia, historia llena de glorias, de celebridades, de interesantes episodios y de sentimientos religiosos y caballescicos, está todavia por escribir; pero existe grabada en la memoria de sus naturales, por lo mismo que no halló un libro donde imprimirse.—No parece sino que el pueblo sencillo se ha encargado de suplir el abandono de sus hijos mas ilustrados.—Las sorprendentes tradiciones, ocupan el vacío de su magnífica historia.

Por do quier que recorrais aquella deliciosa comarca, hallareis antiquísimos monumentos. Cada uno tiene su tradicion particular; y el conjunto de estas tradiciones forma la historia de Galicia.

El *men-hir* del Celta, el faro del Cartaginés, el castro del romano, la mezquita del árabe, el torreón del señor feudal y otros cien grandiosos recuerdos de los griegos, los fenicios, los hunnos, los suevos, los godos y los normandos, son para aquellos campesinos los caracteres de piedra con que los siglos dejaron escrita la historia de Galicia en sus costas, sus valles y sus montañas.

Galicia es un país bellissimo hasta rayar en fantástico. Por eso sus moradores son creyentes hasta rayar en supersticiosos.

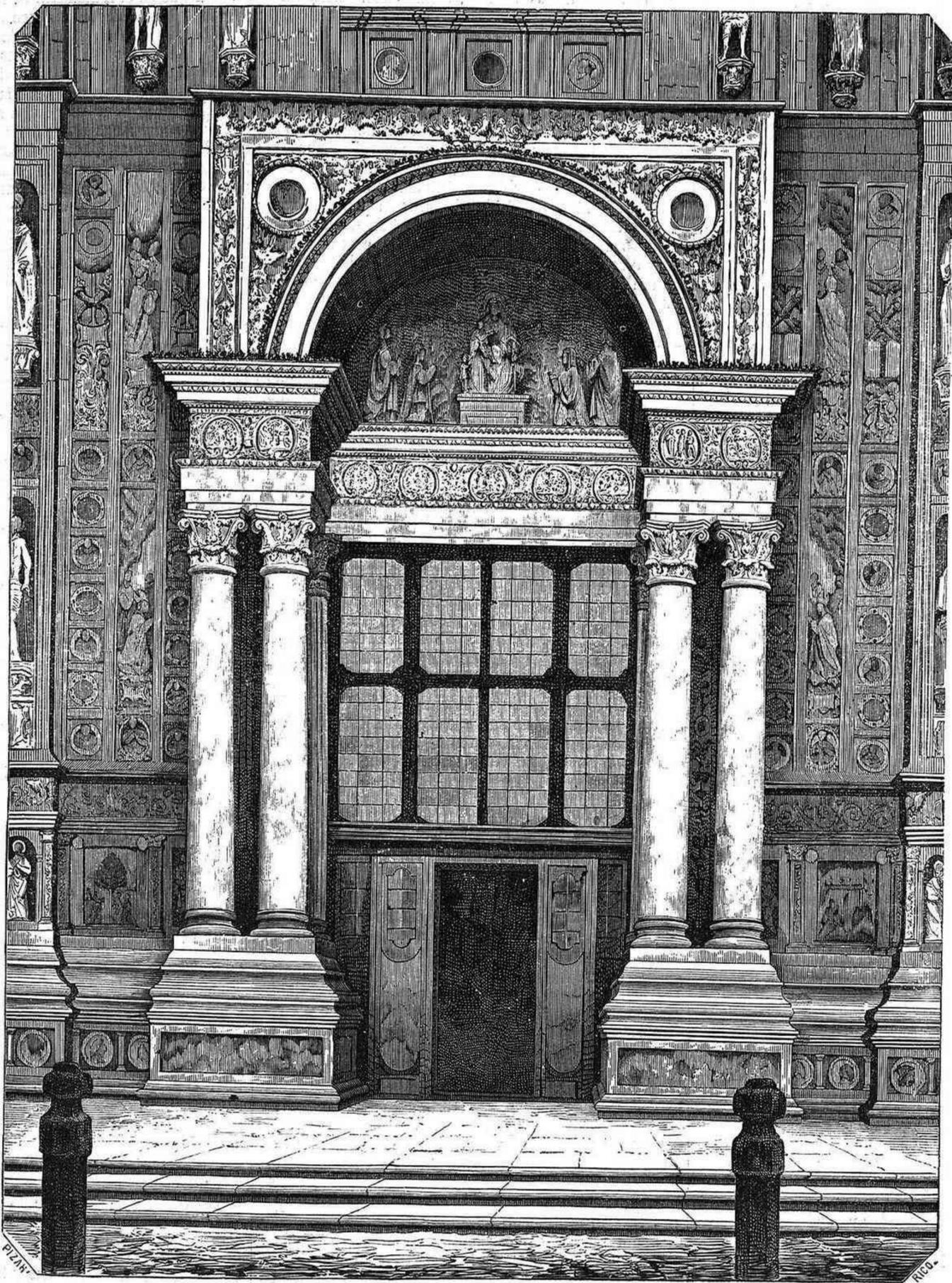
Esta fantasía y esta supersticion hermocean las tradiciones de aquel país con cierta poesia comparable únicamente á la de las baladas alemanas.

Sus narraciones están envueltas en el misterio, como sus lagos entre la bruma y sus montañas entre la niebla.

Ellas nos hablan de unos druidas que recogian el sagrado muérdago en sus inmensos bosques: de una escuadra que desaparece milagrosamente bajo las tranquilas ondas al intentar acercarse á aquellas riberas: de nobles señores y hermosísimas damas que habitaban dorados alcázares, y de monarcas de todos los países que acudían á Compostela á visitar su santa Basílica.

Santiago era por aquellos tiempos la Jerusalem de Occidente, el emporio de la religion cristiana y la ciudad mas notable del antiguo reino de Galicia.

Hoy ya no es mas que su sombra. El genio de la soledad se cierne sobre sus altísimas



PORTADA DE LA CARTUJA DE PAVIA.

ese memorable siglo de la síntesis, en que admirados sin duda los sabios de las sorprendentes aplicaciones del vapor y de la electricidad, pasan revista á las ciencias todas, siguiendo al ilustre Bacon, y reunen con d'Alembert y Diderot en una enciclopedia un resumen de todas ellas, y veremos siempre á la arquitectura desde esa primitiva huella impresa por el salvaje de la Nueva-Zelanda, derramando por do quier los fulgidos destellos del naciente arte, origen de todos los demás: en esas eternas viviendas del tártaro hallaremos el principio de las memorables pagodas, que han revelado á la humanidad la primera idea del poder divino; pues no representaban otra cosa aquellos enormes elefantes de granito que las servian de columnas, aquella masa cilíndrica que encerraba la colosal efigie de Budha.

De ellas nacieron tambien las primitivas nociones del arte; nociones, que tomaron de la naturaleza, repre-

torres. Sus campanas, tan vocingleras como antes, parecen lamentarse lúgubramente del olvido en que yace la ciudad santa!

Sus plazas y sus calles están desiertas; y entre el silencio que reina por todas partes, Santiago duerme hace muchos años el sueño augusto de su ancianidad.

¡Los siglos la envejecieron!—Pero el tiempo, que carcomió hasta los mármoles de sus templos, no pudo borrar las páginas de sus gloriosas crónicas.

Por eso nosotros las registramos con orgullo, aunque tengamos que recorrer muchas hojas para entresacar algunos hechos, que están ocultos entre la exuberante erudición de los frailes, como sabrosos frutos escondidos entre la densa espesura del follaje.

Entre los infinitos romeros que venían á Compostela desde todos los pueblos del orbe católico, había algunos que después de orar sobre el sepulcro del Santo Apóstol, se dirigían á visitar los sitios y monumentos más célebres de Galicia, como el Faro de Hércules, la Peña movediza de Nuestra Señora de la Barca, el Pilar de Padron, las Burgas de Orense, la Sierra horadada que baña el Sil, el Pico Sacro, las Cuevas del Silencio, el Ara del Sol y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Todos estos sitios ó monumentos, ofrecían un recuerdo grandioso ó un aspecto magnífico. Por eso el peregrino de cierta categoría, no se contentaba con visitar el antiguo *Burgo de los Tamaricos*. Guiado por la curiosidad, por las creencias, ó por la superstición de aquella época, admiraba también antes de volver á sus hogares, alguna de aquellas maravillas, cuya celebridad llevaban hasta los más apartados países las sencillas trovas de los errantes y poéticos romanceros del pueblo.

La torre de Hércules era un monumento que recordaba al mismo tiempo la historia de una conquista y la de unos amores.—Galactæ, hijo de Hércules, había mandado erigirla cuando se enseñoreó de aquel territorio. Bajo sus cimientos estaba enterrada la cabeza del gigante Gerion, jefe de los antiguos pobladores.—Galicia había tomado su nombre de Galactæ; y la Coruña, de una hermosísima doncella llamada así, que trabajaba en la construcción de aquella torre y de quien se había enamorado el joven conquistador.—Esta tradición, fabulosa hoy, estaba en completa armonía con el espíritu atrevido y caballeresco de aquellos tiempos.

La Peña movediza de Nuestra Señora de la Barca, era para el vulgo el fiel testimonio de los milagros que hacían las santas imágenes de los vecinos santuarios. Aquella enorme mole de piedra que se movía y aun hoy se mueve por sí sola, sin que en sus horas de reposo pueda dársele el menor movimiento, era venerada como la sagrada barca en que había arribado á aquellas riberas la imagen de la Virgen María, que se venera en la próxima capilla. Las dos piedras que sostienen en equilibrio la peña principal, habían servido de timón y de vela á la sagrada nave, porque así lo indicaba su figura.—Sería considerado como un hereje el que solamente viese en aquellas rocas un admirable monumento druidico.

El pilar custodiado en el templo de Santiago del Padron, estaba rodeado por una verja de hierro, para que no le desgastase el continuo tacto de los peregrinos. ¡Tal era la afluencia de los que concurrían á tocar aquella reliquia, símbolo de un gran acontecimiento!—Cuando el cuerpo del Apóstol Santiago arribó en el siglo I á aquella costa, sus discípulos ataron la nave en que venían navegando, al venerado pilar, que era uno de los postes que para este servicio se colocan en las playas. Su verdadero nombre es *padron* y en él tuvo su origen el de la antigua *Iria-Flavia*.

Las Burgas de Orense ofrecían al peregrino y aun hoy ofrecen al viajero, el extraño y magnífico espectáculo de un río siempre humeante por la ronca ebullición de sus aguas.—Además, en la antigua *Aquæ-calidæ* ya se veían aquellas obras admirables que el pueblo ensalza con orgullo en uno de sus más conocidos romances.

«Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España:
el Santo Cristo, la Puente,
y la Burga hirviendo el agua.»

La sierra horadada que baña el Sil, (Monte-Furado) era objeto también de la admiración de los romeros. La falda de aquel monte está registrada en todo su espesor por un ancho túnel natural que da recto paso al río que lo fertiliza. Allí se contaban fantásticas narraciones sobre los tesoros escondidos en las entrañas de aquella sierra; narraciones que se oían con sorpresa; pero con fe, porque todos veían las brillantes ondas del Sil, que al brotar rugientes de entre las cavidades de aquel monte, salpican la playa con menudas arenas de oro finísimo.

El Pico Sacro, altísima montaña que esconde su afilada cresta entre las nubes, bien puede ser considerado por nosotros como una pirámide que la mano de Dios alzó del fondo de aquellos valles para perpetuar la memoria de la aparición del Santo Apóstol; pero para el peregrino de la edad media, tenía una tradición muy distinta, heredada de la antigüedad.—Según ella, tan pronto como los santos discípulos desembarcaron en Iria-Flavia el cuerpo de Santiago, se dirigieron á Lupa, soberbia é impia señora de aquella villa. Inspirada por su herejía, les dijo que fuesen á aquel monte á uncir los bueyes que necesitaban para conducir el cuerpo del Apóstol y darle sepultura donde mejor les pareciese. La cruel Lupa, sabía

muy bien que allí no pacían más que toros bravísimos, y creyó exterminar por este medio á los creyentes discípulos; pero al penetrar estos en la fragosidad del monte que les había designado, los toros acudieron á sus voces, y se dejaron conducir mansamente hasta el castillo de Lupa, que sorprendida abjuró de sus errores y se convirtió al cristianismo.—Esta es la tradición religiosa del Pico-Sacro.

Las Cuevas del Silencio, aun se ven hoy en lo más escarpado de las montañas del Vierzo. Los campesinos de aquellas cercanías las llaman así, porque es tradición que á sus antros se retiraban á orar y hacer penitencia varios monges célebres, entre ellos San Fructuoso y San Genadio. En las inmediaciones del imponente monasterio de San Pedro de los Montes, donde están abiertas las cinco cuevas, la vegetación es árida como en el desierto. Para llegar hasta ellas, es preciso escalar grandes rocas tajadas á pico: pero la aspereza de sus vertientes no arredra á los peregrinos de los siglos medios que sabían arrostrar toda clase de fatigas y privaciones.

El modesto santuario de Finisterre, tenía también para aquellos romeros una tradición maravillosa, acaso la más sorprendente de las que entonces se relataban. Los antiguos que adoraban al sol, habían determinado seguirle de Oriente á Occidente. Caminando desde los más apartados límites de la Caldea, llegaron á aquellas costas, que fueron para ellos los confines de la tierra. Allí vieron que no podían pasar más adelante en pos de su ídolo que ya se escondía bajo las aguas del Océano, y le erigieron un ara, que se llamó el ara del Sol. El templo se construyó en el mismo sitio donde siglos después se levantó con sus escombros el actual de Nuestra Señora de Finisterre.

Muchas páginas necesitaríamos para compendiar siquiera las tradiciones más portentosas que el peregrino recogía en Galicia; pero no concluiremos este artículo sin decir algunas palabras sobre el monte Medulio y Peto Burdelo, gloriosos y eternos timbres que recuerdan la abnegación y el valor de aquellos habitantes.

El Monte Medulio es el augusto panteón del antiguo pueblo gallego. Es el Calvario de los héroes de su independencia y nacionalidad.—Después de haberse defendido valerosamente durante doscientos años contra la poderosa invasión romana, se retiraron todos á aquel monte decididos á morir antes de someterse al yugo del invasor. Para solemnizar este sublime propósito, celebraron de noche un festín, apurando en él los escasos víveres que les quedaban. El rumor del fúnebre banquete llegó en pavorosos ecos hasta el campamento romano, cuyos soldados se admiraron de tan extraña orgía. Y cuando arrastrados por la curiosidad se internaron en el monte Medulio, comprendieron espantados hasta dónde llegaba el patriotismo de sus enemigos. Al siniestro resplandor de las hogueras, vieron los cadáveres amontonados sobre las llamas. Ni una mujer, ni un niño encontraron con quien combatir.—El hierro, el fuego y el venenoso zumo del tejo, habían dado un glorioso fin á su existencia. ¡Singular ejemplo de patriotismo, que no tiene igual en las historias del mundo!

Peto Burdelo es el nombre de un delicioso valle situado entre Sarandones y Figuera, á dos leguas de Betanzos de los Caballeros, que así se llamó la corte de don García, por los muchos nobles que tenían en ella sus casas solariegas. En aquel valle, cubierto de higueras, fueron vencidos para siempre los odiados moros que iban á buscar las vírgenes con que aquel territorio debía sostener el tributo de las cien doncellas.—Los romeros se detienen en la confluencia del Casca y del Mandeo á contemplar las garitas de piedra donde los moros encerraban á las escogidas mientras reunían el número señalado. Hoy el viajero curioso aun puede ver en las orillas del primer río algunos vestigios de aquellas célebres mazmorras.

Todas estas tradiciones, verosímiles ó fabulosas, eran entonces acogidas con interés y respetadas por todos.

¡Cuán diferentes son hoy las ideas del pueblo!—¡Pasó ya la edad del misterio, de los prodigios, de las maravillas!

Hoy, si queréis oír alguna de esas tradiciones que nos revelan sentimientos siempre fanáticos, pero altamente religiosos ó caballerescos, tenéis que ir á lo más hondo de los valles ó á lo más escabroso de las montañas.—Allí, sobre el verde prado ó las peladas rocas, es donde el montañés os relatará toscamente, pero con fe y entusiasmo, las hazañas gloriosas, los cuentos de amores, las fantásticas preocupaciones y las supersticiosas quimeras; la historia en fin, de su comarca en todas las épocas; historia que aprendieron de sus mayores, y que ellos á su vez grabarán en la memoria de sus hijos, durante las frías veladas del invierno.

Y no es solamente en los monumentos donde los habitantes de Galicia hallan sus interesantes tradiciones.—Los apellidos de muchos nobles, como los Prados, los Bolaños, los Losadas y los Figueroas, encierran curiosísimas historias, compendiadas con admirable precisión en un apellido.

Quizá algún día os contaré la historia de uno de estos apellidos.—La historia de los Maldonados.

Es una leyenda de la edad media que empieza entre el bullicio de una de las más célebres peregrinaciones de Santiago y concluye entre el silencio aterrador de un torneo á muerte, ante la severa corte de Luis oncenno.—

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON PEDRO GARCIA DE GALARZA.

Durante la gloriosa época de la reconquista, un ilustre linaje bajo la denominación de Galarza, de buena memoria en la historia de nuestros triunfos militares, tuvo principio en la villa de su nombre, situada en el señorío de Vizcaya. Hábitos de Alcántara, Calatrava y Santiago, concedidos á sus descendientes, con otros privilegios y prerogativas, nos demuestran su hidalguía y distinción. Empero no siendo de nuestro propósito trazar aquí los blasones de esta familia esclarecida, nos limitaremos á esponer que en el reinado de D. Felipe II, una rama de ella vino á aumentar el número de las casas nobles de Córdoba. Estendióse esta rama de los Galarzas en la antigua corte de los Abderramenes, brillando entre sus enlaces el de doña María de Galarza con el caballero Diego Alfonso de Baena (1). En la santa iglesia catedral de dicha ciudad tiene este linaje su sepultura, cubierta con una piedra de mármol, en la que se encuentran esculpidas sus armas nobiliarias. Catálogo demasiado numeroso es el de los hombres grandes que ha producido en armas, letras y virtudes. Aparece entre ellos D. Pedro García de Galarza, del que vamos á ocuparnos en este artículo, y acerca del cual hemos podido recoger con gran trabajo los siguientes datos:

Natural de Bonilla, en el obispado de Cuenca, tiene por padres á Pedro García de Galarza y á doña Francisca Martínez de Leiva. Fue colegial en el de Sigüenza y en el de San Bartolomé de Salamanca, donde tomó su hábito en 22 de abril de 1562. Leyó en aquella universidad cátedra de filosofía, y fue canónigo magistral de la santa iglesia de Murcia. El rey don Felipe II le mudó al obispado de Coria en 24 de octubre de 1578, y consagróse en 1579. Dió en sus diócesis muchas limosnas, y á los conventos con muy larga mano. Casó muchas doncellas, y en sus puertas se daban cada año mil ducados y quinientas fanegas de pan cocido. Fundó en la villa de Cáceres la cofradía de la Soledad, para enterrar los pobres de su patria. Edificó un convento de monjas, y le dotó con suficiente renta y casa para el patron. Reedificó los palacios obispaes de Coria, de Cáceres y Santa Cruz. Dotó una misa cantada á Nuestra Señora en la iglesia de Murcia y en la de Coria, fundó una capellania con cuatro capellanes, dotándola con renta conveniente para su mejor servicio, como lo dice la escritura que sigue:

«Don Pedro García de Galarza, obispo de Coria, fundó esta capilla á honra y gloria de Dios y de sus santos; cuyas reliquias están en ella. Dotóla en seiscientos ducados para su fábrica, lámpara, cantores, capellanes y sacristan, y en setecientos ducados para las misas del Santísimo Sacramento, con sus responso y canto de órgano, los primeros jueves de cada mes en fin de prima. Defendió esta iglesia de la orden de Alcántara. Dice aniversario el cabildo con misa y responso y canto de órgano en 28 de abril perpétuamente. Hizóse esta obra el año de 1596.»

En un curioso manuscrito de principios del pasado siglo, que obra en nuestro poder, titulado «Memoria de la antigua casa de los Galarzas,» se refieren dos hechos notables acaecidos en el obispado de Coria, durante el gobierno de este venerable pastor, los cuales copiamos á seguida por la rareza y novedad que encierran:

«En tiempo del santo prelado don Pedro García de Galarza, sucedió en la villa de Altara, siendo prior del convento sacro fray Juan de Grijota, religioso de loable vida, que trasladándose del convento antiguo que hoy tiene la religión los oficios divinos, dejando en el primero el cuerpo de don Severo Martínez, maestro de Alcántara, que floreció en vida, valor y armas en el reinado de don Pedro I de Castilla, año de 1384, se le apareció el maestro y le mandó trasladarse su cuerpo al nuevo templo; no dió crédito á la primera aparición; á la segunda se escusó con que no prestarían fe á sus palabras sino daba una señal para que fuese creído: el maestro se la dió, verificóse el caso y se hizo la traslación en virtud de orden de este señor obispo. En el mismo tiempo sucedió en la iglesia mayor de esta villa que entraban en ella muchas golondrinas, las cuales ensuciaban los altares, y con su canto eran molestas en los oficios divinos. Su arcipreste el proto-notario don José de Quirós, que tenía la jurisdicción eclesiástica, procedió contra ellas con sus censuras, declarándolas por excomulgadas si entraban mas en la iglesia; al punto obedecieron las censuras, y desde aquella hora hasta los años presentes no han entrado mas en ella, caso que sucedió también en la santa iglesia mayor de Córdoba, siendo su obispo don Pedro de Carvajal.»

No solo se distinguió en su siglo don Pedro García de Galarza por su sin igual virtud y mansedumbre, noble corazón, piedad escesaiva y vida ejemplar, sino también por su extraordinario talento y conocimientos nada comunes en filosofía, en las ciencias teológicas y en el derecho eclesiástico. Un inestimable tesoro ha legado á la posteridad este varon eminente. Tal es el tratado que escribió bajo el título de «Consideraciones evangélicas,»

(1) La casa de Galarza se halla en la actualidad estinguida en Córdoba, existiendo únicamente algunas nobles familias descendientes por hembra de ella.

libro que al par que nos revela el alma verdaderamente cristiana de su autor; nos presenta algunos cuadros tan estéticos y sublimes que no parece sino que fueron trazados bajo la misteriosa influencia de una inspiración divina. Su nacimiento, virtud y saber le abrieron las puertas del consejo de Castilla, le dieron entrada en la real cámara de S. M., y le labraron una corona de santa y merecida gloria.

Murió el 6 de mayo de 1604, y en la capilla que fundó en la iglesia mayor de Coria, se halla su sepultura con un epitafio latino en esta forma concebido:

Garcia subsaxo, inclitus ille, Galarza, unica sanctorum, gloria plenus; dum felle, charitas, es unus virtutis, curia templum.

Optimus antistes omnibus hominibus erat, insignem candore tulit, Bonilla, patrem, ingenio clarum, religione piuum.

Delubrum, musis sacrum, nunquam ruiturum grande, per exigua, sub requiescit homo inclusum, servat marmor, venerabile corpus.

Ad caeli tandem, culmina restituit.

Bajo esta losa yace aquel varón ilustre García de Galarza, lleno de la única gloria de los santos; mientras la caridad lamenta tu pérdida, tú solo eres el templo de la virtud.

Era este obispo escelentísimo entre todos los hombres, Bonilla produjo á este verdadero padre, notable por su candor, esclarecido por su ingenio, piadoso por su religión.

Como mortal descansa en este templo consagrado á la divinidad que nunca llegaría á ser grande por tales méritos humanos. Su venerable cuerpo guarda aqúeste mármol.

Su alma voló á las cumbres del cielo.

Hé aquí las únicas noticias que hemos podido reunir. Sirvan, pues, estos ligeros apuntes de la vida y méritos del ínclito obispo de Coria don Pedro García de Galarza para enriquecer las páginas gloriosas de la historia del clero español; sirvan para despertar esos sentimientos elevados de caridad cristiana, de la verdadera caridad evangélica en todos los corazones; sirvan, en fin, á los que se honran en descender del preclaro linaje de Galarza, de estímulo y ejemplo para seguir con paso firme el sendero de la virtud, término de la verdadera nobleza y camino único de la felicidad absoluta.

JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEIRA.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

III.

EL CHACAL, EL CIERVO, EL ANTILOPE, LA GACELA.

El chacal de Africa se diferencia del de Asia y otros puntos, en que su pelo es pardo y el de aquellos amarillento; tiene manchas de este color en el lomo y blancuecinas en el vientre. La cola es leonada y todo él despide un olor semejante al de los perros en tiempos de tempestad, aunque mucho mas penetrante. Este animal, que algunos naturalistas consideran ser el perro en su estado primitivo, es de cortas dimensiones, pues rara vez las alcanza mayores que un perro regular; y mas bien que al género de los carnívoros pertenece al de los omnívoros, pues vive, particularmente en Africa, á espensas de los jardineros, á los cuales roba sus frutas y legumbres; y de los pastores, siendo el enemigo mas temible de los ganados, despues del leon, al cual acompaña frecuentemente.

El chacal es muy parecido á la zorra, pero tiene la cabeza mas larga y esta guarda mayor analogía con la del lobo; es en suma, una ligera variedad entre el lobo y el perro, teniendo de este las costumbres y los hábitos. El chacal, no huye de las personas, si estas no le hostigan y jamás las ataca, aun cuando se encuentre con un niño.

Temen, ó por mejor decir, respetan á los perros; pero no les huyen, y en caso necesario luchan contra ellos, con ventaja, especialmente si son lebreles de los que los árabes se valen para cazar el chacal.

Este animal, cuya abundancia y crueldad es muy perjudicial á los árabes, duerme durante el dia, retirándose al centro de los bosques y mas generalmente á madrigueras, muy parecidas á las de los conejos pero mas profundas y en las cuales se guarecen en caso de ser perseguidos.

Otras veces se ocultan en grutas, cuevas ó huecos, según lo que mayor seguridad les ofrece.

Su grito es lúgubre y muy parecido al ladrido de un perro, aunque mas corto y ronco.

Como los chacales discurren por los bosques y montes, en manadas que á veces pasan de treinta, sirven ese grito, constantemente repetido durante sus escursiones nocturnas, para no alejarse mucho unos de otros y poder acudir con presteza á devorar la presa que cualquiera de ellos encuentra.

Cuando el hambre los acosa, confiando en su fuerza numérica y en su osadía, deponen la refinada astucia de que en muchas ocasiones dan inequívocas muestras, penetran en las habitaciones y á la vista de los árabes roban el alimento codiciado, llevándose lo que no pueden devorar en el acto.

El chacal, según algunos naturalistas, se asemeja á la hiena, en que como ella, es muy aficionado á las carroñas y carnes corrompidas, por lo cual frecuenta los cementerios y desentierra los cadáveres para devorarlos.

Si alguna vez se observa esto en el chacal de Africa, se atribuye fundadamente á la falta absoluta de otro alimento cualquiera, á pesar de que según queda dicho, es muy aficionado á las verduras y hortalizas.

Además, los chacales, por medio de su astucia, han encontrado un medio de facilitarse opíparos banquetes sin trabajo ni riesgo.

Desde los tiempos mas remotos vienen consignando los naturalistas que el leon marcha siempre ó casi siempre, seguido de un animalito cuyos frecuentes y lúgubres aullidos han servido en muchas ocasiones y sirven aun á los árabes para calcular la mayor ó menor proximidad del rey de los bosques. Ese animalito, según despues se ha comprobado hasta la evidencia, es el chacal; solo que no siempre es uno y sí varios los que siguen al leon, con el único objeto de alimentarse con los desperdicios de aquel.

Los árabes llaman al chacal, *baueg*, y cuando le oyen encienden grandes hogueras y disparan algunos tiros para alejar de sus ganados al leon que generalmente camina á vanguardia del *baueg*. La astucia del chacal, es tan proverbial entre los árabes que con mucha frecuencia se les oye decir: «Astuto como un chacal.»

Merced á ese distintivo de su carácter, ha llegado á comprender el chacal que el botín que encuentra en sus escursiones en seguimiento del leon, podría conseguirlo por otros medios; y en efecto, sigue igualmente á la hiena que muchas veces mata por el placer de matar, dejando abandonados los cadáveres de sus víctimas á la voracidad de otros animales.

Las costumbres de los árabes se prestan tambien grandemente al buen éxito del sistema del chacal. Durante la noche pululan por la Argelia bandadas de seis ú ocho árabes, llama los merodeadores, cuya ocupacion consiste en aumentar sus ganados, robándolos de algun aduar mas ó menos distante del suyo, pero siempre lo suficiente para que el robado no sospeche el verdadero ladrón.

Estos merodeadores, que se asemejan al chacal y á la hiena por su eterno apetito, se detienen frecuentemente, degüellan y asan alguno de los corderos que á tan bajo precio han adquirido y despues prosiguen su camino, dejando en el campo abundantes restos de su banquete.

El chacal marcha, pues, en seguimiento de estas bandadas de merodeadores, deteniéndose cuando ellas se detienen; contempla sentado como un perro y á muy poca distancia de los árabes, los preparativos que hacen estos á la luz de una inmensa hoguera, en cuya brasa asan el cordero van á devorar, y que espera tranquilamente que los merodeadores se alejen para entregarse al placer de la glotonería.

Sin embargo, debemos hacerle justicia: el chacal, á pesar de su voracidad, dista mucho de ser egoísta, pues tan luego como la suerte, la destreza ó la paciencia le deparan el codiciado alimento, repite su tétrico aullido, llamando á los demás animales de su especie para que participen de su festín.

Los árabes cazan el chacal durante la noche valiéndose de lebreles; y á veces en el dia; pero en ambos casos es preciso tapar antes las madrigueras donde puede guarecerse.

El chacal no está dotado de gran viveza; los ginetes y los perros lo alcanzan sin gran dificultad, pero es muy valiente y se defiende de los perros tan obstinadamente que estos le temen casi tanto como al jabalí. Los árabes prefieren sin embargo la caza del chacal; caza doblemente divertida, pues nunca falta la pieza y solo se rinde despues de dos ó tres horas de persecucion, amenizadas con encarnizadas luchas con los perros mas osados.

Cuando se verifica la caza de dia se hace en ojeo, á fin de levantar al chacal y hacerlo abandonar el bosque para ir á ocultarse en otro. En el momento en que desemboca en la llanura, suéltanse los lebreles y empieza la batida, alegre, bulliciosa y divertida como ninguna.

En suma, al proceder así no hacen los árabes otra cosa que imitar al chacal cuando caza liebres ó conejos.

Uno de ellos recorre el bosque, lanzando frecuentemente su medroso grito, que ahuyenta á los conejos y á las liebres y van á caer en las garras de los demás chacales que silenciosos é inmóviles están apostados á lo largo de la espesura, y ocultos en ella esperan la aparición de algun fugitivo para cebarse en él.

El chacal de las montañas es mas osado que el de las llanuras y frecuentemente se les encuentra siguiendo los baños de carneros, en los cuales hacen bastante daño.

Algunas veces se ha observado á un chacal que oculto é inmóvil, espera durante veinte y cuatro horas, al lado de algun manantial, la aparición de una bandada de perdices. Si contra sus cálculos se retarda esta, mas tiempo del que su estómago le permite continuar sin alimento, luego que llega la noche abandona el agujero donde se ocultaba, dirigiéndose cautelosamente al aduar mas próximo, pasa como una sombra por encima de los dormidos perros, penetra en una tienda, apodérase de un corderillo ó de una gallina y desaparece con su presa, veloz como el pensamiento y favorecido por las tinieblas.

El ciervo de la Argelia es algo mas pequeño que el de Europa, su color mas oscuro y el pelo mas áspero, aunque varia algo, según las estaciones, siendo mas oscuro y menos brillante en invierno.

Como el de Europa es inocente y apacible, de forma airosa, estatura proporcionada, flexible y nervioso. Tiene la cabeza armada de astas nudosas y que se renuevan

anualmente; y á pesar de su ligereza, está dotado de una fuerza prodigiosa.

Cuando pierde sus astas ó cuernos, lo cual acontece en los primeros meses del año, se retira á los bosques mas solitarios y se establece en ellos hasta que vuelve á armarse su cabeza. Esto ocurre en agosto, en cuya época, sintiendo las impresiones del amor, abandonan sus guaridas y salen en busca de las ciervas, lanzando fuertes bramidos. Entonces andan inquietos y desasosegados, cruzan grandes llanuras y sufren accesos de cólera terribles, hasta encontrar las hembras.

En este caso, la cierva huye del macho, con prodigiosa rapidez; el ciervo instigado por el amor y usando de la gran velocidad de su carrera; á lo que contribuye lo nervioso de sus piernas, persigue á la fugitiva con la rapidez de una flecha, hasta que aquella, agotada sus fuerzas, se reclina sobre el césped y vencida, queda á merced de las caricias de su vencedor. Pero si en este momento aparece un tercero en discordia, un nuevo amante, ambos machos se miran con desconfianza, escarban la tierra, braman y concluyen por trabar una sangrienta lucha que termina con la muerte ó la fuga de uno de los adversarios. Los ciervos en esta época del año, se encuentran tan apasionados, que en las tres semanas que dura el celo quedan estenuados.

La cierva puede concebir y criar á los diez y ocho meses: la preñez dura ocho y rara vez nace uno: nunca tres.

El ciervo es muy aficionado á vivir en manadas; y solo se disemina en casos dados; esto es, cuando el temor ó la necesidad los separa; pues las ciervas se ocultan cuando se sienten próximas al parto.

El macho que crece y se robustece hasta los ocho años de edad, adquiere la facultad de engendrar á los dos años y por efecto de su desatentada propension al amor, está sujeto continuamente á alternativas de plenitud y demacración, que sin embargo no influyen en su salud ni en la duración de su vida, á causa de su vigorosa constitucion y enérgica naturaleza. La vida del ciervo no pasa jamás de cuarenta años.

Todos los naturalistas están acordes en que la cierva prefiere, durante la estación de los amores, el macho viejo al jóven, por ser aquellos mas ardientes y vigorosos.

Los monteros llaman *estaquero*, al ciervo que tiene un año y empieza á echar los cuernos, *endio* ó nuevo, al que cuenta tres, cuatro ó cinco años; de *diez candiles nuevos* al que ha entrado en el sexto año; de *diez candiles* al que tiene siete años, y *ciervo viejo* al de ocho, nueve ó diez.

El ciervo abunda en la Argelia, especialmente en las provincias de Constantina y en los distritos del Este de la misma llamados Bona, Calle y Zebessa.

En el de Bona habitan en las montañas de los benisalah y uled-bechiah, cubiertas de magníficos bosques de encinas; en el de Calle se encuentran en las orillas de los lagos inmediatos al litoral, y en el de Zebessa, se han establecido en un bosque de pinos llamado por los árabes Ghib-Chueni (Bosque de los ladrones), enclavado entre las tres montañas de Venza, al Este; Bu-Kradera, al Sur, y Euelb al Oeste, en forma de triángulo.

El bosque es llano y muy apropiado para cazar el ciervo, y así lo hacen los árabes de las tribus de Mahat'ad y Uled-Sili-Abid, con lebreles, hábilmente adiestrados, que cercan al animal y no le dejan salida alguna hasta que llega el cazador y lo derriba de un balazo.

Los árabes carecen completamente de trallas de perros, y para cazar los ciervos aprovechan la época del celo, aproximan los á ellos cautelosamente á favor de los lentiscos y de las retamas que abundan extraordinariamente y son grandes y espesas.

Durante el verano, los acechan igualmente, cazándolos á la espera, pues el ciervo suele bajar á comer la cebada y el trigo de las sementeras. En Borf-Ali-Bey, existia pocos años hace un árabe llamado Abdallah-Ladkar que por este medio ha dado muerte á mas de cien ciervos.

El antilope, llamada por los árabes *bagar-verch* ó *fechtar*, según la provincia, es un animal que carece de dientes caninos, pero tiene lagrimales y su cabeza está provista de dos astas, unidas por la base, pero que vistas de frente forman la figura de una lira. Estas astas son de diez y seis y diez y ocho pulgadas y se abren hasta quedar separadas por su extremo, de catorce á diez y seis pulgadas.

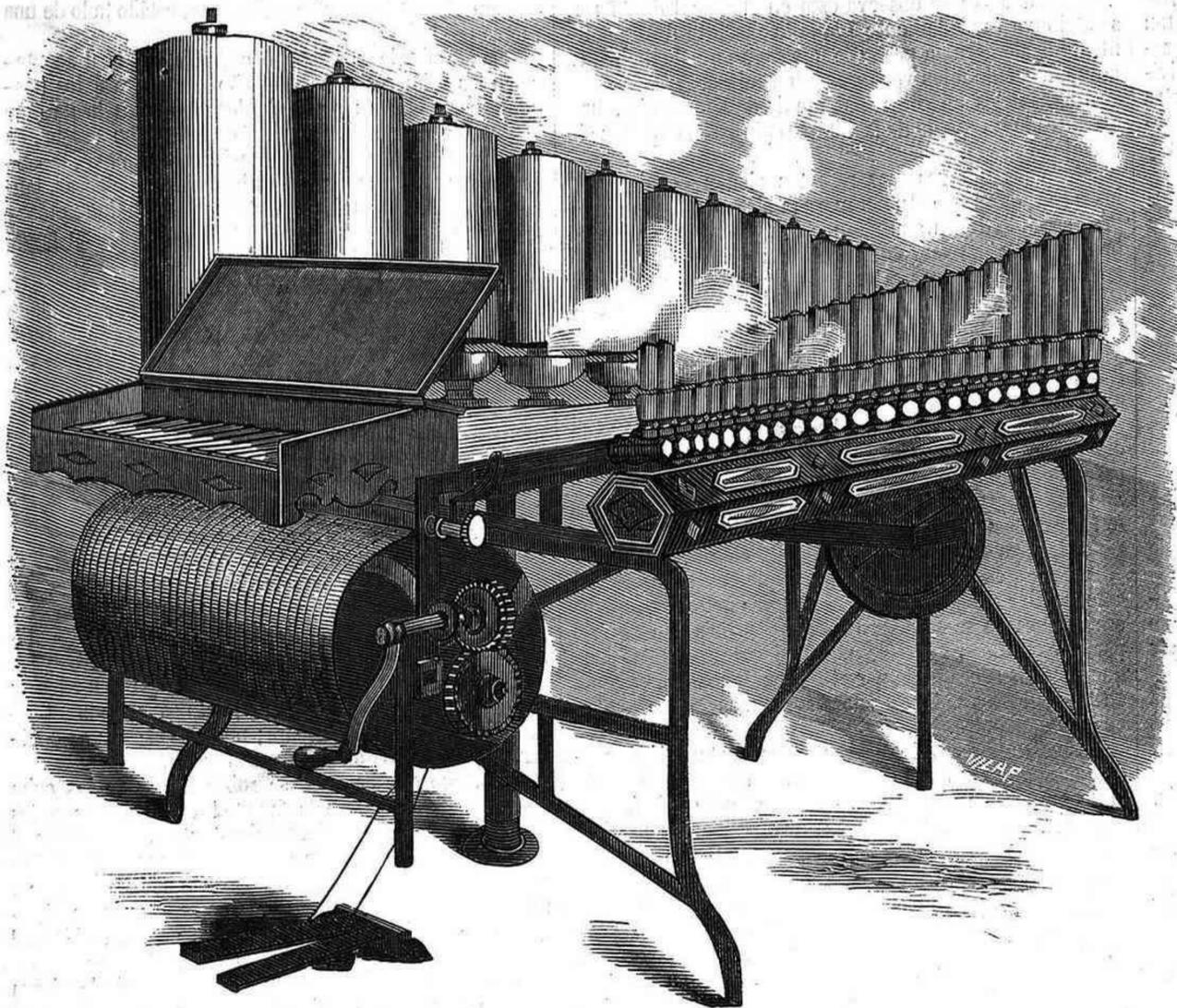
El antilope es de iguales dimensiones que el ciervo; tiene la talla esbelta y ligera; flexibles, nerviosas y elegantes las piernas; las orejas son largas y puntiagudas; carece de barbas y de crines.

La hembra se distingue del macho en que no tiene cuernos; nunca concibe mas de un hijo y la preñez dura nueve meses. Su piel es leonada por el lomo y blanca por el vientre.

La viveza y la rapidez del antilope son tales, que ningun perro, ni aun los galgos mas corredores pueden alcanzarlos, los caballos árabes las rinden difícilmente, y despues de una larga carrera.

Generalmente se encuentran en manadas de muchos centenares; durante la primavera, el estío y el otoño se los ve en las montañas que lindan con el desierto de Sahara, pero tan luego como llegan los frios del invierno bajan á los sitios arenosos, eligiendo siempre las llanuras abiertas.

El antilope desdeña á los perros y no se asusta de los



ORGANO DE VAPOR.

En el Palacio de cristal en Londres hay en el día un instrumento músico extraordinario que ha producido gran sensación, y que en el doble sentido material y figurado de la palabra, puede decirse que está destinado á causar gran ruido. Este instrumento, invención de un americano llamado Arturo Denny, tiene el nombre de Caliope y puede llamarse órgano de vapor. Se compone de un enrejado de hierro sobre el cual descansan dos cilindros: encima corre una serie de flautas de latón que corresponden á los cañones huecos de un órgano, pero que tienen grande analogía con el cañón ordinario de una locomotora. De una caldera en la parte inferior pasa el vapor á los cilindros y de estos á los cañones que producen los tonos, moviendo las lengüetas que están en relación con los alambres huecos, sobre los cuales últimamente encaja un cilindro por medio de una llave ordinaria de piano ó de un tornillo. Este instrumento es el mas suavemente templado que puede hacerse, y ademas toca con una presión de cinco libras. El máximo de la presión para un órgano de iglesia era hasta ahora de cinco onzas. Lo especial de la invención consiste en el hecho de que pueden construirse instrumentos de esta especie en los cuales la fuerza del vapor consienta elevar la presión hasta ciento veinte y cinco libras, haciendo que la fuerza de los tonos sea treinta veces mayor que la que se puede dar á la Caliope. El volumen del sonido que con esta presión se produciria es tal, que se podría oír el instrumento á la distancia de doce millas inglesas ó sea de cerca de cuatro leguas españolas. La tensión de los tonos es casi ilimitada: puede creerse á veces que se oye el suave sonido de un organillo ó caja de música, y á veces puede la música ser tan poderosa que atruene una ciudad.

Las aplicaciones de este instrumento, al cual puede darse el tono y la fuerza que se

quiera, son por lo mismo infinitas: puede usarse por un general para mandar por sus diversos toques á todo un ejército; puede servir para una ciudad en vez de las campanas, etc.

Presentamos en este número un grabado de este notable instrumento.

hombres aun cuando monten á caballo, si son en corto número. Antes por el contrario les salen al encuentro, precedidos de un macho que parece ser el jefe de la banda, y desfilan á treinta ó cuarenta varas de los ginetes.

Si estos van armados pueden dirigirlos una sola descarga, á causa de la suma viveza de que antes hemos hablado.

La cacería del antilope es positivamente la mas divertida de cuantas se hacen en la Argelia.

Cuando tratan de hacerlo, se reúnen el mayor número posible de ginetes y cabalgan hasta ocultarse en alguna hondonada ó accidente del terreno, para no ser vistos antes de tiempo por los antilopes.

Al mismo tiempo marchan algunos exploradores á adquirir noticias de la banda, los cuales regresan poco despues manifestando el sitio donde aquella se guarece, si consta de muchas hembras preñadas, machos ó jóvenes.

Esto sabido, destácase una partida de cuarenta ó mas ginetes, los cuales dando un gran rodeo, marchan al escape de sus fogosos corceles árabes, á ocultarse en la guarida de los antilopes.

Llegado el momento oportuno, comienza la batida, y los cazadores, abiertos en una prolongada hilera, corren al encuentro de los antilopes, al trote primero, al galope despues y finalmente al escape, lanzando al par tremendos gritos.

A pesar de esta terrible persecucion, muy rara vez logran dar muerte á ninguno de aquellos animales antes de haber llegado al término de la batida. Los antilopes huyen, yendo los machos á retaguardia, como puesto de mas peligro. Por este medio se conserva el orden en sus apiñadas y rápidas filas, hasta que próximos ya á su guarida y cuando se creen á punto de librarse de sus perseguidores, ven aparecer, como salidos de las entrañas de la tierra, otros treinta ó cuarenta enemigos, que les salen al encuentro lanzando aullidos tremendos.

Las hembras y los antilopes jóvenes pierden entonces la cabeza y se desordenan á pesar de los esfuerzos de los machos.

La dispersion, sin embargo, no les libra del peligro; pues prevista por los perseguidores, han tenido cuidado de aproximarse con la misma velocidad pero formando un semicírculo que instantáneamente se cierra con los nuevos cazadores, y desde entonces unos y otros empiezan á hacer fuego sobre los azorados animales, dando la muerte á muchos; y exterminarian completamente la banda, si algun árabe, por descuido ó imprevision, no les dejase abierto espacio, por el cual huyen todos los antilopes que quedan con vida.

Para tomar parte en estas cacerías, es forzoso estar acostumbrado á manejar la escopeta á caballo y al cansancio que ocasionan tan largas carreras; pues cada cacería dura generalmente todo el día, mas la mitad de la noche, que se invierte en la retirada.

La gacela, es de la misma talla que el antilope, muy parecida al ciervo, pero de formas mas elegantes y ligeras: su color es leonado en la parte superior y blanco en la inferior. Los cuernos de la gacela tienen la figura de una lira. Sus ojos tan dulces y hermosos, que los árabes para ponderar la belleza de sus queridas, las comparan á los ojos de la gacela.

Hay en Africa dos especies de estos animales.

Una que habita las regiones arenosas del Sahara; y otra que se encuentra en el distrito del Yell, en los puntos mas elevados y descubiertos siempre, pues la gacela, careciendo de fuerzas y valor para luchar con los animales feroces, está dotada de un instinto especial para evitar las sorpresas.

La gacela del Sahara es mas pequeña y color mas oscuro que la del Yell; y nómada como el antilope.

La otra rara vez se aleja mas de tres leguas de su morada habitual.

Distinguese la gacela de todos los animales feroces y rumiantes, en que duerme durante la noche y solo emprende sus escursiones á la luz del día; al contrario completamente de aquellos que buscan el descanso en las selvas ó en sus guaridas durante el día y marchan durante la noche en busca de victimas con que saciar su apetito.

La gacela regresa á sus cuevas al oscurecer; y si la estacion es benigna se recuesta al lado de ellas, durmiendo toda la noche y durante las primeras horas de la mañana.

Los árabes cazan la gacela del mismo modo que el antilope, pero son muy pocos los machos que sucumben, porque gracias á su serenidad, á su arranque y á la extraordinaria rapidez de su carrera, logran romper el círculo formado por los cazadores y salvarse del peligro en que generalmente sucumben las hembras y las gacelas jóvenes.

En el distrito del Yell, usan los árabes de otro proceder.

Ocultanse algunos entre las malezas, teniendo cada cual un lebril de gran fuerza y adiestrado en la caza: los demás árabes se alejan de aquel sitio y emprenden un estenso ojeo, procurando que las gacelas levantadas marchen en direccion á los árabes que las esperan ocultos. En el momento en que alguno de estos bellisimos animales pasan tranquilamente por sus inmediaciones sueltan el lebril; y la gacela acometida traidoramente queda derribada y vencida antes de poder comprender de dónde parte el ataque ni quién es su acometedor.

Los árabes utilizan los excrementos de la gacela, despues de secarlos al sol, los reducen á fino polvo, el cual mezclan á su tabaco. Por este medio adquiere un sabor y despide un olor perfumado muy agradable.

En concepto de muchos naturalistas, esto es lo mejor que tienen las gacelas. Su carne es desagradable y nadie la come: por lo mismo opinan todos que es preferible verlas vivas por lo bellas é interesantes que son.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Tan contenta va una gallina con un pollo, como otra con ocho.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

refue
el y
de pr
El
gobie
ocurr
gover
to, c
consi
taba
derec
las p
camp
accion
valor
causa
contra
de nu
como
la cam
á los
habiar
cumb
hasta